

Necrológica de D. Domingo Ramos-Lissón

**Por D. Marcelo Merino,
Profesor ordinario emérito de Patrología.
Facultad de Teología - Universidad de Navarra**

Nació en Madrid el 25 de mayo de 1930. Murió en Pamplona el 27 de noviembre de 2016.

Se ha ido el sacerdote, el profesor, el amigo. Cualquiera de estas palabras podría encabezar a las otras dos, porque las tres ocuparon por igual toda la vida de D. Domingo. Era el año 1971, cuando comenzamos juntos a transitar los caminos del campus de la Universidad de Navarra, él como profesor y el que suscribe estas líneas como alumno. Desde entonces nos unió la misma afición investigadora por los primeros siglos de la Historia de la Iglesia. ¡Qué elegancia la suya al impartir sus indagaciones paleocristianas a unos jóvenes alumnos que no estábamos acostumbrados a tratar con tanta delicadeza las preocupaciones de los primeros integrantes de la familia cristiana! Ciertamente sus lecciones eran más de un maestro que de un profesor: el gesto de sus manos parecía acariciar los temas más arduos y el tono de su voz moderada desvelaba con sencillez los acontecimientos de la vida diaria de los primeros cristianos, como si fueran vividos por él mismo

El profesor dejaba paso al amigo en el momento de subsanar las deficiencias del alumno. En efecto, D. Domingo poseía esa difícil virtud de mostrarse amigo cuando tenía que corregir. Me vienen a la cabeza aquellos dos años que tuvo la paciencia de dirigirme la tesis de doctorado en Teología, cuando las inevitables correcciones estilísticas me las dirigía en forma de pregunta: “¿no te parece que sería bueno..., que convendría..., que aquí iría bien tal nota o tal puntualización?” Y a continuación, él mismo, después de insinuarla, escribía la frase más conveniente. Su mirada amigable me interpelaba: “¿Te parece bien?” Así transcurrieron no sólo aquellos meses hasta la defensa pública del trabajo, sino durante todos los años que la amistad y la común afición por los Padres de la Iglesia nos han mantenido juntos.

En este plano de la amistad D. Domingo sabía ofrecer sus gustos y preferencias. Ciertamente el amor a los libros era casi una pesadilla en él. Estaba enamorado del libro, pero no de cualquier libro, sino del que servía de fuente para el investigador sediento. Cada una de las estanterías de la Biblioteca de la Universidad de Navarra habla de la predilección bibliófila de D. Domingo. Un libro en manos de su lector, solía decir él, es como un niño en el regazo de su madre: ambos se sienten afortunados. Otra anécdota que ahora me viene a la cabeza manifiesta esta afición del profesor y del amigo. Era mi primera reseña de un libro científico para la Revista de nuestra Facultad, y recuerdo lo que me dijo, pues siempre lo he tenido presente desde entonces: “Un escrito por deficiente que parezca, siempre es mejor que el no escrito”. El consejo me ha hecho valorar cualquier trabajo por insignificante que me parezca.

La otra pasión de D. Domingo era la que le proporcionaba su trabajo ministerial como sacerdote: la predicación de la palabra de Dios. Se cuentan por millares las personas que han podido gozar de la calidez de su palabra atrayente en muchísimos cursos de retiro, de ejercicios espirituales, dirigidos a personas de toda condición social, desde los mineros asturianos que le tuvieron como sacerdote joven, hasta los diplomáticos de mayor renombre en nuestro país. Todavía hoy, al verlo con los ojos cerrados, me ha venido a la memoria aquella frase de san Gregorio el Nacianceno: «Hay que mirarse los propios párpados para poder ver a Dios». D. Domingo Ramos-Lissón descansa desde hoy en esa contemplación eterna.